

Cuadernos del Rebalaje

Nº 52 / Julio - septiembre de 2021 | DL: MA 702-2016 | Edita ABJ

La costurera del mar



Eloísa Navas

Prólogo

Salvador Domínguez

Obra gráfica

Valentín Kovatchev

Cuadernos del Rebalaje[®]

DL : MA 702-2016 | ISSN (ed. impresa): 2530-6286 / (ed. digital): 2174-9868

Publicación monográfica sin ánimo de lucro, de periodicidad trimestral editada desde 2010 por la asociación cultural **Amigos de la Barca de Jábega**.

Dirección

Eulogia Gutiérrez Corral

Consejo de redacción

M^a Luisa Balbín Luque
María Jesús Campos
Antonio Clavero Barranquero
Mariano Díaz Guzmán
Juan A. Gimbel Espejo
Eulogia Gutiérrez Corral
Miguel A. Moreta-Lara
Pablo Portillo Stempel

Consejo asesor

Manuel Benítez Azuaga, Juan Carlos Cilveti Puche, Eva Cote Montes, Víctor M. Heredia Flores, Miguel López Castro, Pepe Ponce, Alejandro Salafranca Vázquez

Coordinación general

Antonio Clavero Barranquero, Juan A. Gimbel Espejo, Miguel A. Moreta-Lara

Diseño y maquetación

Estefanía González Hijano

Cuadernos del Rebalaje se difunde preferentemente en formato electrónico por Internet. Tiene como objetivo divulgar conocimientos relacionados con el mar Mediterráneo y su vinculación con la costa malagueña y andaluza, sus gentes, embarcaciones, tradiciones y costumbres desde el punto de vista antropológico, histórico, geográfico, científico-técnico, artístico o de creación literaria.

La revista no comparte necesariamente las opiniones expuestas en los trabajos publicados. Los autores de estos y de las imágenes originales se reservan los derechos protegidos por la ley, autorizándose su uso y difusión siempre que se cite procedencia y autoría.

Se imprime en ARS Impresores (Málaga).

Más información, acceso libre a todos los números y normas de estilo de publicación en <http://www.amigosjabega.org/cuadernos-del-rebalaje/>

✉ cuadernosdelrebalaje@gmail.com

Amigos de la Barca de Jábega está inscrita en el Reg. de Asociaciones de Andalucía con el n° 9210 de la Sección 1.

(Resolución de 29/07/2010) y en el Reg. Municipal de Málaga de Asociaciones y Entidades con el n° 2372. (Resolución de 27/09/2010). Domicilio social en el IES "El Palo". Camino Viejo de Vélez, s/n°. 29018-MÁLAGA.

Presidente de Honor: Fernando Dols García

Presidente: Antonio Clavero Barranquero, Vicepresidente: Miguel López Castro, Secretario: Juan A. Gimbel Espejo, Tesorero: Mariano Díaz Guzmán. Vocales: Pablo Portillo Stempel (Documentación), Eulogia Gutiérrez Corral (Publicaciones) y M^a Luisa Balbín Luque (Actividades sociales y Comunicación).

✉ abjcontacto@gmail.com

La costurera del mar



Eloísa Navas

Prólogo: Salvador Domínguez
Obra gráfica: Valentín Kovatchev



Cuadernos del Rebalaje nº 52



Valentín Kovatchev. *Violinista azul*. Óleo sobre lienzo. 92x54 cm. 2016.

Portada: Valentín Kovatchev. *Venus (Serie Enigmas)*. Óleo sobre lienzo. 30x30 cm. 2016.



Valentín Kovatchev. *Luna roja*. Óleo sobre lienzo. 33x41 cm. 2018.

SUMARIO

- **Prólogo**
- **La costurera del mar**
- **I**
- **II**
- **III**
- **IV**
- **V**
- **VI**

Prólogo en cuarentena

Mientras escribo estas líneas para un nuevo *Cuaderno del Rebalaje*, con el fin de presentar el relato *La costurera del mar*, permanezco confinado en mi casa por el estado de alarma a consecuencia del COVID 19 o Coronavirus. Y, ahora que no puedo contemplar el mar a diario, como quisiera y solía hacer, me contento con imaginarlo. Es en estos momentos, en los que la lectura nos tiene entretenidos y nos ayuda a matar el tiempo, cuando he tenido la fortuna de que ha caído en mis manos el cuento que con estas líneas trato de presentar.

Antes de hablar del texto, les puedo decir que Eloísa Navas es malagueña, licenciada en Económicas y una apasionada de todo lo relacionado con el arte, cualquiera que sea su manifestación. De hecho, practica la pintura (ha participado en varias exposiciones colectivas), la fotografía (faceta con la que ha conseguido algunos premios), la música (de lo que también doy fe, pues la he oído cantar y lo hace muy bien) y, por supuesto, escribir (su auténtica vocación), que es lo que hoy nos trae aquí.

Entre la bibliografía de nuestra escritora, podemos destacar que es coautora, junto con Carmen Enciso, de dos novelas, *El Hotel del Inglés* (2014) y *Miramar* (2016), así como de sendos ensayos literarios, *George Langworthy y Santa Clara, pioneros de la Costa del Sol* (2015) y *Miramar: un hotel con historia* (2016). Es también autora de la novela corta *El tiempo elegido* (2018), publicada en la colección malagueña “Man-

guta de libros”. Por otro lado, ha escrito numerosos relatos que han aparecido en diferentes libros colectivos; pero, como ella misma abiertamente reconoce, su género preferido es la novela.

El cuento *La costurera del mar*, con este hermoso y sugerente título, es un relato castizo y costumbrista, evocador y localista, ambientado en la Málaga de la postguerra, la España del hambre, de las cartillas de racionamiento, de los negocios de contrabando y estraperlo, y también, cómo no, de los trabajadores de la mar, que son aquí los auténticos protagonistas. Esta es una historia del rebalaje, un relato en tercera persona con un narrador omnisciente que conoce muy bien a los marengos y su modo de vida.

Este es un relato que nos llega a través de los sentidos, pues durante la lectura del texto, a poco que nos adentremos en él, podremos oler y degustar el salitre del mar, así como reconocer el característico olor de la enea con la que se fabricaban las sillas de la época; asimismo, en nuestra imaginación, veremos ante nosotros a los marengos con sus pantalones remangados, cómo se mueven de un lado a otro de la playa y realizan diversas labores, como tirar de la tralla, sacar el copo, remendar redes, varar la barca...; también el lector, sin levantarse de su asiento, podrá reconocer el susurro de las olas y sentir cómo sus pies descalzos contactan con la arena y la espuma del mar en el rebalaje.

Les puedo decir que, además de hacernos



Valentín Kovatchev. *Majestic Horse XI*. Óleo sobre lienzo. 33x41 cm. 2015.

sentir, Eloísa Navas ha conseguido con este texto despertar la curiosidad de los no avezados en las lecturas de la mar, a la vez que aumentar la nostalgia de los entusiastas seguidores de épocas pasadas, como indudablemente es el caso de los miembros de la asociación editora y de los asiduos lectores de estos *Cuadernos del Rebalaje*.

La costurera del mar cuenta también la historia de un enfado y de la posterior reconciliación con el mar, como si este testigo de excepción fuese quien guiase los pasos de la gente que vive en el litoral. Así, la mar se convierte en un personaje esencial que protege a los marengos, a quienes acoge y les permite una manera de ganarse la vida.

Y bueno, al igual que le ocurre a María, la

protagonista de esta narración, quien aguja en mano mantiene la esperanza en el futuro, lo mismo les sucede a los que hemos vivido el confinamiento del que les he hablado al comienzo de estas líneas, y que conservamos intacta la confianza en que esta pandemia pasará y vendrán tiempos mejores que nos permitan disfrutar de la vida como hasta ahora.

En fin, tengo que acabar y no puedo desvelar más claves del texto que sigue a continuación, sino que ahora lo que corresponde es que empiecen a leerlo. Estoy seguro de que disfrutarán de esta singular historia. Les gustará.

Salvador Domínguez Ruiz

La costurera del mar



María se levanta temprano. Como cada mañana, atraviesa la puerta de la choza de cañizo. Bajo el techo cubierto de alquitrán, sobre un colchón relleno de paja, duerme un ángel de rizos dorados y ojos de aguamarina. Queda al cuidado de Pepa, la mujer de Paco, su cuñado. Mientras enfila la calle, y gira a la derecha buscando la playa, piensa en lo que hubiese sido de su vida y de la de su hijo sin su ayuda.

Se acerca a la orilla. Le gusta esa primera hora en la que los rayos del sol tiñen el horizonte de fuego. Los hombres se han levantado hace rato; los que no han salido aún a pescar se concentran en el varadero que hay hacia levante, esperando su turno junto a las barcas; el resto ya subieron al tranvía o al tren para dirigirse a las distintas fábricas que hay en la ciudad y alrededores.

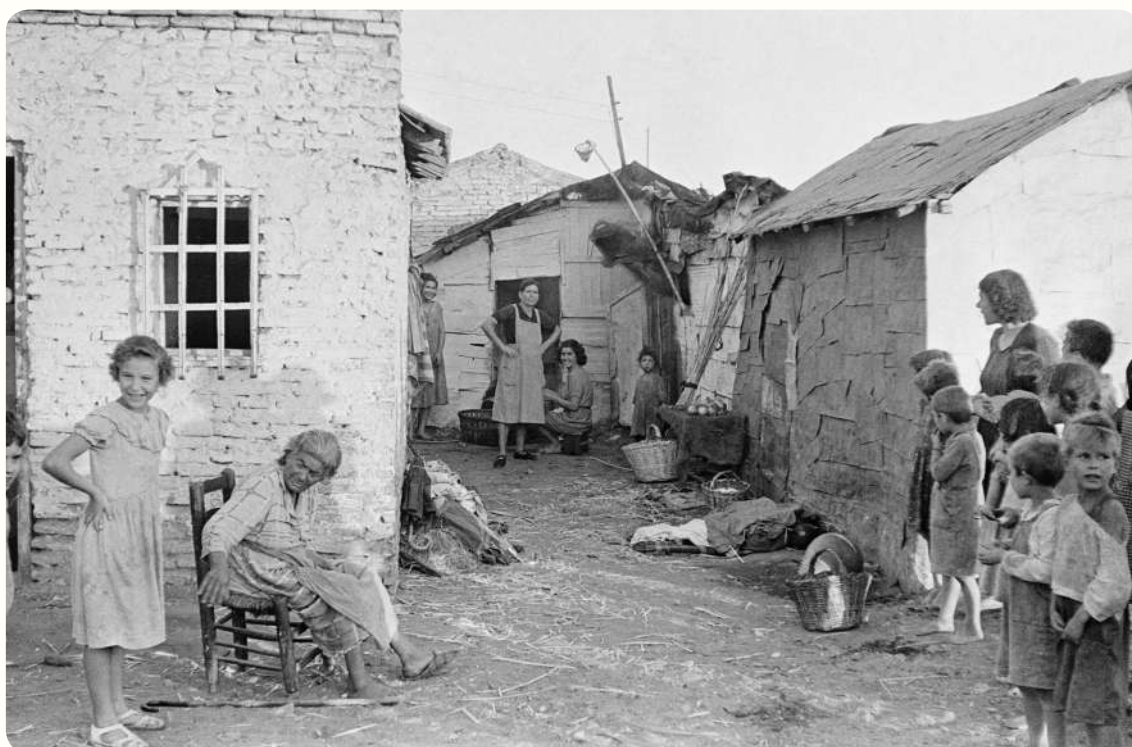
Apenas se adivinan a lo lejos, pasada la zona del arroyo Jaboneros, un par de barcas faenando entre las brumas del amanecer. A esas horas el trozo de playa que hay a espaldas de la casa donde vive María suele estar desierto. Es el único rato del día en que encuentra la paz que necesita, ese momento en el que sus recuerdos se van desgranando, uno a uno, en lágrimas de sal. Como salada es la espuma que acaricia los pies desnudos de los marengos. Como lo son las olas que corta el *tajamar* de las barcas de jábega. Lo mismo que era salado el sabor de la piel de Joaquín. Sus sueños vuelan con las gaviotas. Ya se imagina atravesando con ellas esa línea difusa que se pierde en el infinito. Quiere creer que al otro lado de ese horizonte la espera él y que algún día el reencuentro los fundirá en un abrazo eterno. Mientras

tanto, solo le queda la espera y el consuelo de que algún día volverá a verlo. Se sienta en la playa y, sin pensar, coge un puñado de arena que luego dejar caer lentamente de su mano. Se acuerda entonces de aquella pieza tan rara, de madera y cristal, que vio un día en la casa de la señora de la Caleta para la que su madre había trabajado de cocinera. Aquella mujer tan elegante le había dicho que era un reloj, mientras le daba la vuelta con esmero. Entonces pudo ver cómo el fino grano pasaba por el embudo de cristal para caer al otro lado. María se pregunta cuántas veces tendría que girar aquel reloj hasta que Joaquín regrese. Baja la vista hasta sus manos. Le parece que esa arena que se escurre ahora entre sus dedos quizás pueda marcar también el tiempo hasta que vuelvan a encontrarse.

Ensimismada en sus pensamientos, no se da cuenta de que ya está arribando la barca a la que la tarde antes le tocó en suerte ser la primera en salir a pescar; un privilegio que cada anochecer deciden las cartas en la taberna de Juan Toro, entre *pintaillos* y

calibres de aguardiente que Aurora Toro despacha con salero a los marengos. Cuando las últimas empiecen a *calar*, el sol habrá subido ya en el horizonte y María tendrá que ponerse en marcha para trabajar. Se acaba así el rato a solas consigo misma, esos minutos diarios que le dejan un sabor agri dulce. Por un lado, es la hora del día en que siente más presente el recuerdo de los días felices junto a Joaquín; esos ratos en los que ella salía cada mañana a despedirlo cuando él partía en la barca. Por otro, se reaviva la memoria triste de su adiós aquella tarde de febrero, en medio de aquella multitud que huía de la guerra. Sí, esas primeras horas de la mañana son su momento más especial del día. El resto del tiempo lo pasa componiendo redes.

Echa a andar por el rebalaje, camino del lugar donde Tomás, el *sotarraé*, ha dejado extendidas las redes en las que, previamente, ha marcado aquellos lugares donde ha encontrado una falta. Su labor consistirá en arreglar las roturas para que, la próxima vez que se cale, no se escape el pescado. No es



tarea propia de mujeres, pero mucho menos lo son todas esas otras que ha intentado llevar a cabo desde que su marido se marchó.

La barca que está arribando es *la Cantaora*, la misma en la que trabajó Joaquín. Su *mandaor*, Miguel, está dando las órdenes oportunas para el desembarco. María observa, una vez más, el ritual que acompaña al arte de la jábega; cómo los marengos echan el pie a tierra y luego se acercan con sus trallas al hombro, prestos a engancharlas en la beta de la que habrán de tirar para sacar el copo.

No puede evitar acordarse de la época en que ella también participó en estas faenas de la mar. Fueron los primeros tiempos tras la guerra; el comienzo de una vida nueva en la que tuvo que aprender a sobrevivir sin él. Tres años ya. Joaquín no tenía las manos manchadas de sangre, no había matado a nadie, pero huyó por miedo. Aquel 7 de febrero se mezcló con la muchedumbre que abarrotaba la carretera de Motril, como uno

más entre tantos; igual que los padres de María; lo que ella misma hubiese hecho si no llega a ser porque estaba a punto de dar a luz a Juanito y hubiese sido una locura ponerse en camino. A partir de ese día, su cuñado y la mujer de este le ofrecieron cobijo en su casa. Ella lo agradeció y aceptó, pero no quería ser una carga para nadie así que, pasado un tiempo, cuando el niño había cumplido un año, un buen día se agotó al fin la fuente de sus lágrimas y decidió que se ganaría la vida trabajando en la mar. Igual que lo había hecho su marido antes de que lo llamaran a filas para luchar en el bando republicano.

En esa época, ella no entendía nada de pesca. Había nacido veinte años atrás en el barrio de la Victoria. Lo único que recordaba de su niñez era el olor de la enea y la imagen de los serruchos, cepillos y berbiquís que utilizaba su padre en su oficio de sillero. Tuvo que conocer de golpe todo lo relacionado con la pesca y, en especial, con el



arte de la jábega. Aprendió a echar a la mar las *pandas*; a levantar el remo o a encender el *hacho* como señal cuando se estaba *calando*; a enganchar la tralla para tirar de la red, a arriar luego la *beta* y ponerla a secar para que no se pudriera. Supo que el pescado siempre nada a favor de la marea; que el chanquete puede ser blanco o *colorao* y que, mientras los primeros se pueden coger dos veces al año, el *colorao* viene cuando llueve, se salen los ríos y se pone turbia la mar. También conoció que el color rojo del que se tiñe la orilla a final de otoño se debe a las huevas de las sardinas y que la captura del *boquerón vitoriano* empieza en septiembre. Incluso llegó a aprender a bogar.

Desde ese primer día en que asió entre sus manos un remo, tuvo la secreta esperanza de coger un día una barca para llegar hasta Almería, ese lugar que algunos, al parecer, habían logrado alcanzar, varios días después de la huida. Quizás su querido Joaquín aún

seguía vivo, estaba allí y podría reunirse con él. Remaría y remaría sin cesar hasta llegar a aquellas costas. Ni siquiera sabía qué rumbo tomar, pero imaginaba que aquel paraíso tan deseado estaría más allá de la línea que dividía el cielo del mar. Sabía que era casi imposible conseguirlo, pero no descartaba la idea de intentarlo.

Nunca fue una mujer como las demás, y eso, lejos de crear admiración entre las otras, le acarreó insultos y sinsabores. Unas la tacharon de *marimacho*, otras de loca. Pero la mayoría opinaba que eso de trabajar codo a codo con los hombres no era decente, y mucho menos una mujer casada, aunque muchos ya dieran por muerto a su esposo. Había otros casos de mujeres cuyos maridos habían huido tras la guerra por temor a las represalias, aunque siempre acababan teniendo alguna noticia de si estaba vivo o muerto. Pero ella nada. Y encima tenía que soportar insinuaciones, porque otros



pensaban que, en realidad, estaba escondido en las montañas de Vélez con los maquis, asaltando a gente de bien. Las que hablaban eran casi siempre otras mujeres; igual que eran ellas también las que mostraban aquella obsesión por criticarle todo lo que hacía ¿Por qué se portaban así las de su propio sexo? María no entendía cómo era posible que algunos hombres admitieran que ella tirara de las redes, que incluso hubiese subido con ellos a la barca, bogando y ejerciendo de *pachapanda*, y que las mujeres se metiesen continuamente con ella. Al final tuvo que dejar la barca. No pudo soportar los continuos agravios. Esto, unido a su permanente dolor por la pérdida de Joaquín, hacía que estuviese cayendo de nuevo en una profunda tristeza de la que le había costado demasiado salir.

Un buen día, Tomás, amigo de su cuñado, se apiadó de ella y, para hacerla sentirse útil, le encargó que remendara una red en la que había visto algunas faltas. María descubrió entonces que tenía una especial habilidad para manejar la aguja. Al principio era solo remendar, pero al poco tiempo empezó también a tejer las mallas con los hilos que ella misma compraba a un *jilero* del Palo. Luego, una vez fabricadas, se las entregaba a su cuñado, que se encargaba de *pegar las cajetas*, o sea, unir las distintas partes de que se componía la red. Pronto empezó a distinguir sus diferentes elementos: *calón, claro, alcanela, cajaocho, cajasiete, gola, capirote...* Supo también que los tipos de mallas se numeraban según su espesor y que, a mayor número, más tupidas eran estas.



Valentín Kovatchev. *Anatomía de Toro salvaje I*. Aguafuerte. 24,5x33,5 cm. 1992.

II

Cuando lleva un tiempo dedicada a esa nueva faena de arreglar las redes, prueba a remendar los pantalones de los pescadores. Lo hace tan bien que pronto empieza a correr la noticia en el barrio de que María hace maravillas con la aguja. Es así como comienza a coser rotos, no solo de pantalones, sino también de las camisas de los hombres y los vestidos de las mujeres. Incluso las que antes tanto la criticaban ahora no dejan de traerle trabajo a la casa. Entre lo que le da Tomás y lo que gana remendando la ropa de la gente del barrio, puede ir a la tienda de “la Pelaílla” a comprar alimentos para ella y su hijo. Es su forma de no sentirse una carga para sus cuñados y así contribuir con los gastos de la casa. Allí mismo recoge las cartillas de racionamiento. Cada día, con la compra, va cortando los sellos hasta agotarla. Arroz, *papas*, achicoria para hervir y, sobre todo, muchas batatas. Poco más se puede conseguir. Luego, vuelta a empezar con otra cartilla. Otras veces acude a la carretera principal, por la que circula el tranvía, y se pone en cola con su canasto de mimbre, esperando al camión de reparto para conseguir algunos alimentos que no llegan a la tienda. En la fila suele haber pocos señoritos de los que viven al otro lado de la carretera. María sabe que el negocio del estraperlo abunda en toda la ciudad y que, teniendo dinero, se pueden conseguir otros productos como la carne, la leche o el pan blanco procedentes del contrabando, aunque sea a precio de oro. Pero los ricos pueden pagarlos. ¡Ay, el dinero!, se lamenta María; sin dinero no se es nada.

Con cada puntada, más que redes, María teje esperanzas y eso la mantiene viva. Esas mallas y su aguja han sido para ella la

mejor de las medicinas. Le han ofrecido trabajar en la casa de algunos señoritos que viven en el Valle de los Galanes, al otro lado de la carretera que lleva a Vélez, pero ella no quiere alejarse de la mar. Es todo lo que la mantiene unida a Joaquín. Al fin ha encontrado una ocupación que le gusta y, aunque sigue siendo objeto de críticas, ya no está en el punto de mira de todas las mujeres envidiosas del barrio. Porque ¿qué culpa tiene ella de no haber nacido fea, Señor? Porque María se sabe bonita y, como ella es humilde por naturaleza, este punto de vanidad la ha llevado en varias ocasiones a confesarse con don Pablo, el cura de la iglesia del Corpus.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Don Pablo —dice ella muy resuelta en el confesionario—, he *pecao* de orgullo y *vanidá*. Yo me veo guapa, no como todas esas *cacatúas* de la playa que se meten tanto conmigo. Pero, a la vez, me siento mal por pensar *asín*.

A lo que el buen párroco contesta invariablemente:

—Bueno está, hija mía. No debes menospreciar a las demás pero tampoco te avergüences de lo que eres. Anda, ve con Dios y reza seis padrenuestros y seis avemarías.

Un día de verano, está tejiendo unas mallas en la puerta de su casa y, a pesar de tener los ojos puestos en la labor, siente otros clavados en ella. Una sombra se ha detenido de repente y le tapa el sol. Levanta la vista. Es Miguel, el mandaor de *la Cantaora*. Al mirar sus ojos, por un momento María cree estar viendo dos pedazos de mar. Así eran los de Joaquín; los mismos que tiene Juanito. Solo que ellos son rubios y Miguel tiene el pelo

oscuro como la noche.

—Buenos días, María.

Lo ve algo nervioso, como si no se atreviera a decirle algo.

—Buenos días, Miguel.

—Verás... Me han dicho que coses muy bien y había pensado que como tengo ya los pantalones *mu* viejos, pues...

—No te preocupes, hombre. Cuando quieras me los traes y te los remiendo.

—Es que... No están ni *pa* remendarlos.

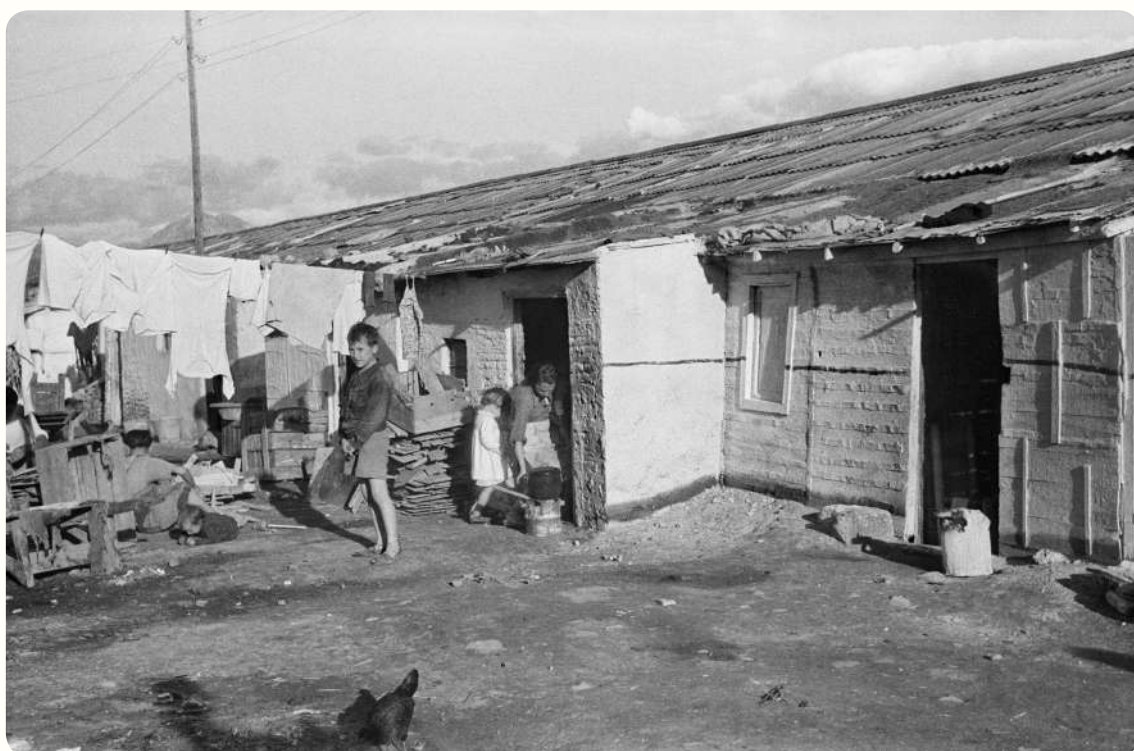
verás qué bien te salen.

Se siente obligada, en deuda con ese hombre que tanto la ayudó en su día; el que le ofreció trabajo en su barca sin importarle que fuera una mujer. Miguel no le ha dejado opción.

Cuando llega a la casa se lo cuenta a Pepa.

¿Por qué no te dedicas a hacer ropa? He *escuchao* que en Málaga hay algunas tiendas que venden patrones -le dice su cuñada.

—No sé si podré.



María se atreve a bajar la vista por el cuerpo de Miguel.

—Pues no los veo tan mal.

—No son estos. Son otros. Tengo dos *pa* cambiarme. Un *mandaor* no puede ir por ahí *vestío* de cualquier manera... Necesito unos nuevos, María.

—Pero yo no he hecho nunca ningunos. Una cosa es remendar y otra hacer unos pantalones. No sé si sabré.

—Tú lo haces *to* bien, María. Yo te doy el dinero *pa* que compres la tela y ya está. Ya

—Mujer, si tú coses *mu* bien. Seguro que te salen de rechupete.

La seguridad que han mostrado, tanto Miguel como Pepa, le da bríos a María para intentarlo. Se ha sentido halagada e, instintivamente, no quiere defraudarlos.

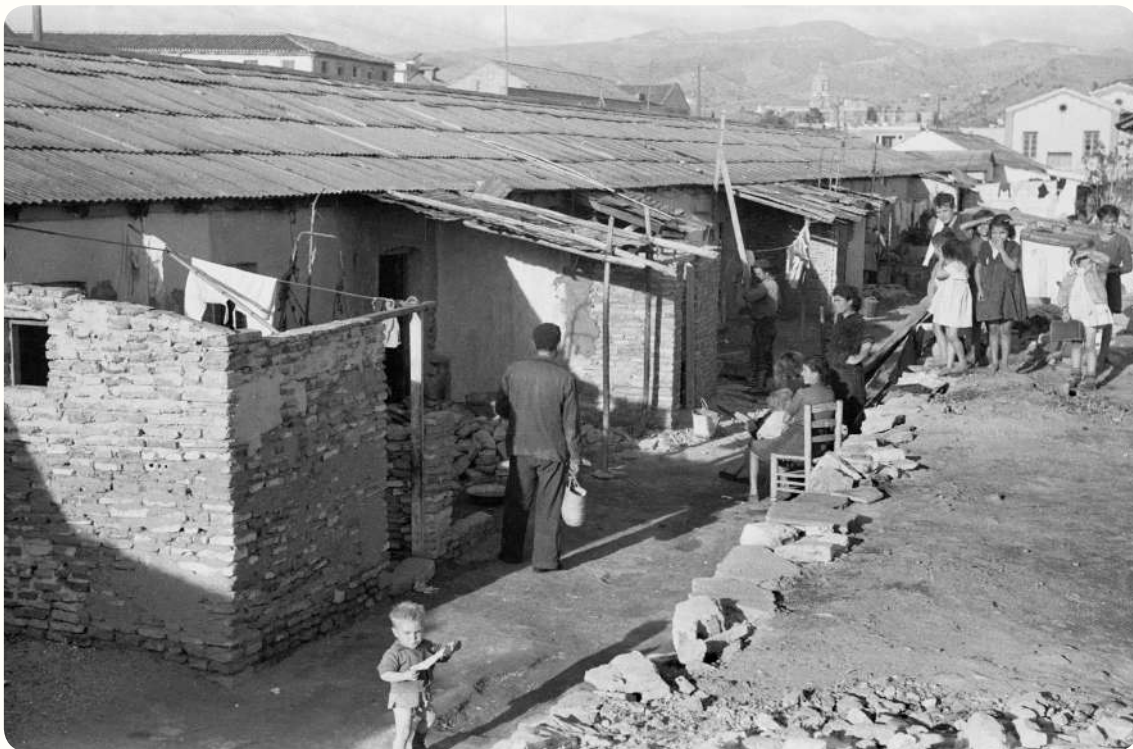
Haciendo caso de los consejos de su cuñada, una mañana se monta en el tren para ir al centro a comprar el patrón y la tela con la que hará el primer pantalón de su vida. Podría haber cogido el tranvía, como la mayoría de los que “bajan” al centro de la

ciudad, pero ella prefiere el recorrido junto al mar, aunque pase más de tarde en tarde por la parada.

Conforme va viajando, observa admirada las primeras casas de La Caleta. ¡Cómo le gustaría tener la oportunidad de visitarlas! Tal vez hubiese podido trabajar en alguna de ellas recomendada por una amiga suya del Palo que antes servía por allí. Seguro que son como palacios. Le gustan sus grandes verjas de hierro y los ventanales tras los que asoman

Incluso tal vez se puedan observar desde allí, más allá del horizonte, las costas de aquella Almería donde cree que está Joaquín.

Va pensando en todo esto mientras el tren continúa su marcha. Un poco más adelante, el panorama se vuelve desolador ante la imagen de algunas de esas mansiones destruidas. Ahora solo son ruinas carbonizadas, restos de una guerra que María no quiere recordar. Vuelve la cara hacia otro lado, pero no puede dejar de pensar en los habitantes de



blancos visillos de hilo. Desde su posición privilegiada, sobre la vía, puede ver parte de los jardines, escondidos tras un muro de las miradas de los curiosos que hacen el recorrido a pie: hay plantas, flores y algunos niños jugando. Observa las fachadas traseras de aquellas mansiones porque las principales siempre miran a las montañas y al valle del Limonar. Piensa que, si de ella dependiera, estarían todas orientadas a la playa. Desde las ventanas traseras se podrá ver el mar desde lo alto, mucho mejor que estando en la orilla.

esas viviendas, en qué habrá sido de ellos. Seguramente los hombres que vivieron allí habrán muerto, sus mujeres ahora estarán viudas y sus hijos huérfanos de padre. Lo mismo que a ella la guerra la ha dejado sola con su hijo, aunque de otra manera y por distintos motivos. Sí, esos hombres habrán sido asesinados lo mismo que hicieron con su tío Fermín cuando fue obligado a regresar desde Motril. Víctimas de diferentes verdugos, pero víctimas al fin. Por primera vez se compadece de esos señoritos tan estirados

que ha visto algunas veces en las zonas más ricas de la ciudad. Al fin y al cabo, piensa, la guerra ha sido cruel para todos. Mira otra vez esas casas tan lujosas convertidas en cuatro paredes chamuscadas. Se estremece.

El tren para cerca del puerto. María se baja y se detiene. Le han indicado que en la calle Nueva puede encontrar tanto la tela como los patrones, pero, por un instante, duda del camino que debe tomar. Son pocas las veces que sale del barrio de pescadores y no está acostumbrada a orientarse por el centro. De hecho, desde que terminó la guerra no ha vuelto. Solo recuerda dónde está la calle Larios y poco más. Mira a ambos lados de la Alameda. La huella de la guerra sigue patente también allí. Observa varios edificios quemados de los que apenas queda en pie parte de la fachada. Al fin, pregunta por la dirección que está buscando a una señora que carga con una cesta. Le señala una calle ancha y le indica que siga por allí, “por Puerta del Mar”, y que al final está la calle Nueva. Camina en la dirección indicada. Al poco de adentrarse, más destrucción: es un edificio que hace esquina, convertido en un enorme solar. Cuánto horror. Allí, donde ella vive, no hay tantas señales de la guerra reciente. Tan solo los astilleros sufrieron algún daño pero, en la playa, solo la ausencia de Miguel le hace recordar aquellos terribles meses. La gente de la mar somos invisibles, concluye, en realidad no existimos, ni siquiera en tiempos de guerra, porque ¿quién estaría interesado en bombardear un barrio de pescadores?, ¿qué peligro podríamos suponer para nadie?

Continúa por una calle más estrecha. Por fin llega a su destino: la tienda de Tejidos San Juan. Pide unos pliegos con varios patrones y consulta al dependiente la cantidad de tela

necesaria para hacer un pantalón. Elige una fuerte, de color azul intenso, como la que suelen usar los marengos cuando van a misa. Ya con su compra debajo del brazo, decide regresar por la calle Larios. Ir al centro y no pasar por ella le parece a María un auténtico sacrilegio. En su camino, se detiene en algunos escaparates. Como va por allí solo de tarde en tarde, todo le resulta una novedad. Mira, una a una, todas esas tiendas que tan pocas veces tiene la oportunidad de ver, aunque ahora ya no es lo mismo: la huella de la maldita guerra está en todas partes. Varios edificios de la plaza de José Antonio están en ruinas. A pesar de todo, le parece que la gente es feliz. Ve pasear a hombres y mujeres, ajenos a la destrucción que les rodea. Se han acostumbrado a ella de la misma manera que María lo ha hecho a la miseria que hay en su barrio, a la falta de higiene, a las chinches que pueblan su colchón o a la escasez de alimentos.

Mientras camina, le aturde un poco el gentío aunque, a la vez, siente curiosidad por observar ese mundo tan diferente al suyo: las señoras con sombrero, tan emperifolladas; los hombres trajeados, elegantes.

A la mediación de la calle, al pasar junto a la cafetería grande que hace esquina, afloja un poco el paso y observa con disimulo a los hombres sentados en las mesas que ocupan parte de la acera. Con sus flamantes trajes y sus chalecos, muchos de ellos están fumándose un puro mientras se retrepan en las sillas y se dejan enlustrar los zapatos brillantes de charol. Miran con descaro a los transeúntes, especialmente a las mujeres. Un hombre moreno de mirada penetrante, de cuyo cinturón cuelga un reloj de oro, la observa. María se siente incómoda y esconde la mirada. Le parece adivinar en esos ojos,

que recorren su cuerpo de arriba abajo, un deseo sucio. Se acuerda de Joaquín. No lo cambiaría por ese hombre así la mataran, por muy elegante y apuesto que fuera. Luego se le viene a la cabeza, no sabe muy bien por qué, la imagen de Miguel. Tampoco él es un hombre de ese tipo ni nunca osaría mirarla de esa manera aunque siempre ha notado que no es del todo indiferente a sus encantos. Ella será de barrio y sin mundo, pero tonta no es.

De pronto piensa que, pese a todo el lujo que observa en esa parte de su ciudad, ella se queda con su barrio, humilde pero honesto. Sinvergüenzas hay en todas partes, como Mateo “el Respingo”, el dueño de la barca que maneja Miguel. Le han puesto ese mote porque es tan orgulloso que no quiere trato con nadie del barrio. Aunque con las mujeres no hay desplantes que valgan y a todas las piropea. Se acerca a ellas por la calle para decirlas en voz bajita comentarios que a ella le dan asco. Por eso, cada vez que lo ve venir, cambia de dirección para no encontrárselo.

En cambio, su madre era tan distinta... la mujer era tan alegre que siempre estaba cantando, de ahí el nombre de su barca: *la Cantaora*. Pero en la playa de Pedregalejo, los tipos como Mateo son la excepción. Sin embargo, le parece que en esa sociedad de señoritos esa actitud es de lo más normal y ni siquiera está mal visto que se comporten de esa manera. Lo intuye porque es lista y porque se encuentra con demasiada frecuencia con esas miradas que tanto la incomodan.

En la acera contraria a la cafetería, descubre un local que no había visto antes. El gentío se arremolina en la puerta. María pregunta a una mujer qué pasa. Al parecer, se trata de una nueva horchatería de la casa Mira, que ya existe desde hace tiempo en la calle Granada. Recuerda que una vez, hace tiempo, fue y pidió un bombón helado de turrón. Es verano, hace calor y le apetece, así que cruza la calle y se atreve a entrar en el nuevo establecimiento. En su interior hay algunas mesas, pero a María ni se le ocurre ocupar una. No está bien visto que una





mujer se siente a tomar algo, aunque sea acompañada por un hombre, pero mucho menos sola. Además, tomar uno de esos helados en la mesa resulta mucho más caro, y bastante tiene ella con haberse dado el capricho.

Cuando regresa a Pedregalejo se siente reconfortada a pesar de la diferencia entre este mundo y el que acaba de ver en el centro de la ciudad. Mira las chozas míseras de los pescadores y piensa en los lujosos edificios que aún quedan en pie en el centro; observa a las mujeres, con sus batas y delantales, y se acuerda de los vestidos de las que se ha cruzado por calle Larios. Los hombres de la mar tampoco lucen esos trajes elegantes ni los relojes de oro que llevaban aquellos señoritos sentados a la puerta de los cafés, pero este es su barrio y no lo cambia por nada del mundo. Todo lo que ha dejado atrás es muy bonito, pero es junto a la mar donde se siente más segura y protegida. María se ha acostumbrado al olor a sal y al del alquitrán

con que se untan las redes; al color azul de la mar y al blanco de la espuma; a los rojos, verdes y amarillos con que están pintadas las barcas, y a la piel tostada de “la gente de la playa”, como se suelen referir a ellos los que viven en otras zonas de la ciudad. Ya no puede imaginar su vida en otro sitio. Piensa en Joaquín y sabe que ya no podría pertenecer a ningún lugar que no fuera ese. Al menos aquí vivirá para siempre con su recuerdo, sobre todo en esas horas primeras de la mañana en las que sueña y le parece que él va a regresar en una de las barcas como si no pasara nada, como si nunca hubiese existido la guerra.

María está impaciente por empezar a confeccionar sus primeros pantalones, así que, esa misma tarde, se pone a coser. Ya que todos la han animado a hacerlo quiere demostrarse a sí misma que es capaz. Siempre ha sido una luchadora y ahora no va a ser diferente. Saca la revista de costura que ha comprado y, superponiendo el patrón a la

tela, la corta con primor. Luego la hilvana, siguiendo detalladamente las instrucciones. Interpreta los dibujos y se guía por ellos. Se lamenta de no saber leer y se promete a sí misma que, en cuanto Juanito sea un poco mayor, lo mandará a la escuela de “las Cagarrutas”, como es popularmente conocida en el barrio, ya que anteriormente fue un corral de cabras. Está a pocos metros de su casa. Allí van los niños más pequeños, entre los cuatro y los cinco años. No quiere que su hijo sea un analfabeto como ella. Primero que estudie y luego que se dedique a lo que más le guste. Su madre siempre le decía que una persona que no entiende de números ni de letras es fácil de engañar. Pero en la época de sus padres, incluso en la suya, solo estudiaban los ricos. Por eso en el barrio tienen tanto que agradecer a don José y doña Isabelita. Gracias a ellos y al colegio que regentan desde que terminó la guerra, cerca de los Baños del Carmen, muchos niños del barrio habían empezado a estudiar y a aprender a leer, a escribir y “las cuatro reglas”. Ahora, desde hace un año, funciona también para los más pequeños, la escuela de “las Cagarrutas”.

María piensa mientras cose. Dedicar todo el tiempo que puede a su labor; pronto tiene que hacer la primera prueba de los pantalones en el cuerpo de Miguel. Ese día lo espera en la casa acompañada de Pepa. Le ha pedido a su cuñada que esté presente porque quiere evitar las habladurías. No está bien visto que un hombre y una mujer se vean a solas, aunque todo el mundo en el barrio sepa ya que María le está haciendo unos pantalones a Miguel y eso justifique la visita. De hecho, le han llegado ya varios encargos más, pero ella, prudente, no se atreve a comprometerse hasta que no vea el resultado de su primer

trabajo.

Cuando llega Miguel, María le entrega los pantalones y él entra en la habitación que Pepa comparte con Paco. Un momento después, sale con ellos puestos. Sonríe mirando a María. Parece un niño con zapatos nuevos. Sobre la piel tostada por el sol resaltan los ojos azules y una hilera de dientes tan blancos como la espuma de las olas en los días claros en que sopla el poniente.

—¿Me quedan bien?

Le quedan grandes y María se echa a reír sin querer.

—Pero... ¿qué pasa? —pregunta incómodo.

—Te están un poco grandes —le contesta Pepa, compasiva.

—No te preocupes, que ya te los arreglo. Acércate, que te los voy a ajustar.

María se agacha y va cogiendo la tela que sobra con alfileres. Lo nota inquieto y levanta la vista para decirle que ya queda poco, que será solo un momento. Pero se encuentra con los ojos de él que la miran, y en ellos puede leer eso que otras veces le ha parecido notar: ya no le cabe la menor duda de que Miguel siente algo más por ella que toda esa amistad que le ha demostrado durante los años que llevan tratándose. Cualquiera otra mujer se sentiría halagada, pero ella, más que orgullo, siente miedo. No es que él no le agrade. Le parece una buena persona y además es muy guapo, pero teme que ese sentimiento eche a perder la amistad tan sana que han tenido siempre. Y, sobre todo, está Joaquín que algún día regresará a buscarla. Entonces todo volverá a ser como antes. Estaban tan enamorados, eran tan felices... A María le parece una falta de respeto hacia su marido plantearse siquiera tener algo con otro hombre. No, eso jamás. Joaquín volverá: está segura de que sigue vivo en algún lugar.

En ese momento llega a la casa Paco, su cuñado. Viene cabizbajo y pálido como un muerto. Ni siquiera se da cuenta de la presencia de Miguel en la casa.

—Pepa, ponme un café de achicoria y tráeme la manta, que me la eche en los hombros. Creo que tengo fiebre.

—Te habrás enfriado —le dice ella.

Se va directo para el camastro que comparte con Pepa y se deja caer. Su cuñada busca la mirada de María y suspira. Las dos saben lo aprensivo que es y que siempre anda imaginando que va a coger todas las enfermedades. Pero esta vez parece que es cierto: cuando su mujer le prepara la infusión y se la lleva a la cama, posa el dorso de la mano sobre la frente de su marido. Está ardiendo.

Al día siguiente, Paco, lejos de mejorar, empeora. Cada vez tiene más calentura y, lo peor, está entrando en una especie de sopor del que le cuesta despertar. Ya apenas parece entender lo que le dice Pepa y, a ratos, ni la reconoce. Ella, entonces, decide ir a buscar al médico que vive más allá de la iglesia del Corpus, cerca del Palo.

Don Carlos, que así se llama el doctor, nada más verlo y en vista de los síntomas que Pepa ya le ha contado, determina que lo que tiene Paco es tifus exantemático, la epidemia que desde hace un año asola la ciudad. Es el llamado popularmente “piojo verde”, una enfermedad muy grave que se contagia a través de los piojos y otros parásitos. El médico les dice que tiene que trasladarlo al hospital que se ha habilitado hace poco para albergar a los que contraen enfermedades infecciosas.

Hay que actuar rápido porque ese mal es muy contagioso, se ha cobrado ya cientos de víctimas solo en la capital. Don Carlos

aconseja a Pepa que haga una limpieza en profundidad. Los piojos y las chinches son los transmisores de la enfermedad y los colchones están llenos de ellos. No es que Pepa sea una mujer poco limpia, no; es que los parásitos ocupan todo el barrio y pasan de unas casas a otras. Están por todas partes: en el cañizo de las paredes, en los rincones de las ventanas, en los escasos muebles y en el techo. Lo más importante es sanear una casa donde ya ha habido un enfermo. Un solo piojo que haya picado a Paco, y lo vuelva a hacer con cualquiera de sus habitantes, le habrá transmitido la enfermedad.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Dios mío? —se lamenta Pepa.

—Quemen los colchones y hagan una limpieza a fondo. Me encargaré de que le manden ropa limpia. Hay que eliminar la infección. Pero, sobre todo, márchense por un tiempo a otro sitio —responde el doctor.

Ante los consejos del médico, María siente miedo, más que por ella, por su hijo. No sabe lo que hará, pero decide que tiene que salir de esa casa cuanto antes.

Poco después llega Miguel a interesarse por la salud de Paco. Cuando sabe por boca de María cuál es la situación, no duda un instante.

—Podéis veniros a mi casa —le dice—. Mi hermana y yo estaremos encantados de recibirlos a Pepa, a tu hijo y a ti mientras Paco se repone.

María busca la mirada de su cuñada, para pedir su opinión. Ambas mujeres se miran y se entienden. Por un lado, lo que les propone Miguel es la solución perfecta: no tienen donde ir y, de esa manera, podrían permanecer en el barrio; por otro, María teme un poco al “qué dirán”. Sabe que muchos del barrio criticarán el hecho de que



dos mujeres casadas se vayan a vivir a casa de un hombre soltero, aunque su hermana esté viviendo con él. Ella ya ha comprobado en sus propias carnes cómo se las gastan algunos, sobre todo “algunas”. Pero mira a Juanito y decide que la salud de su hijo, la de Pepa y la de ella misma es más importante que todas las maledicencias de las que puedan ser objeto, así que se apresura a darle las gracias a Miguel y a decirle que le parece una buena solución. Su cuñada apoya su decisión, pero aclara que su único temor es que Librada, la hermana de Miguel, no esté de acuerdo con la invitación.

—Ni mucho menos —aclara Miguel—. Mi hermana estará tan *encantá* como yo y más cuando sepa lo que ha pasado. Además, se volverá loca de contenta con Juanito: le encantan los críos.

Miguel espera a que María recoja las pocas pertenencias que guarda en la habitación en

la que duerme con Juanito y poco después se marchan juntos. Pepa ha quedado en que se irá más tarde, cuando Paco marche. Mientras tanto, se queda a cuidarlo. Sabe que corre el riesgo de contagiarse, pero no quiere dejarlo solo. Por ella, hasta se iría con él al hospital, pero el médico se lo ha prohibido.

Cuando Miguel, acompañado por María y Juanito, llega a la choza donde vive, dos calles más allá de la de María tirando hacia El Palo, les abre la puerta Librada. Al principio se la ve sorprendida, pero conoce perfectamente a María y a su hijo, y al verlo, a su cara asoma una sonrisa. Es de esas mujeres que tienen la cualidad de que, cuando ríen, les cambia la expresión del rostro por completo y toda ella se llena de luz. María la mira a los ojos y reconoce en ellos los de su hermano. Son dos trozos de mar transparente. Le da las gracias mientras ella los hace pasar y Miguel le va explicando, a trompicones, todo lo que les



ha ocurrido para acabar allí.

Tras el desconcierto de los primeros minutos, Librada parece contenta con la llegada de los nuevos huéspedes. Sobre todo con Juanito, tal y como ya vaticinó Miguel. Al poco les dice que les va a traer algo de comer y aparece con un poco de pescado asado acompañado de batatas cocidas: todo un festín comparado con lo que suelen comer en otros barrios pobres de Málaga. Los pescadores tienen esa suerte: el pescado, al menos, no les falta y las batatas son de lo poco que se puede conseguir en la tienda de la Pelaílla.

Esa misma tarde aparece Pepa en el umbral de la puerta. Viene desencajada y llorosa. Ver a Paco partir para el hospital le ha roto el corazón, pero sabe que no puede hacer otra cosa que esperar. Don Carlos le ha dicho que está en buenas manos y le ha dado esperanzas de que se recupere. Es cierto que el tifus se está llevando muchas vidas por delante, pero Paco es fuerte y, pese a su miedo a enfermar, siempre ha sido un hombre sano.

Librada acoge a Pepa con el mismo cariño con el que hace unas horas dio la bienvenida a su casa a María y a su hijo. Es algo menor que su hermano y soltera, como él. Viven solos porque sus padres también huyeron aquel fatídico día de febrero. Con todo el ajetreo del día, María no se ha acordado de Joaquín en las últimas horas. Se avergüenza y, en lo más íntimo de su corazón, le pide perdón por ello y también por haberse ido a vivir, aunque sea por poco tiempo, a casa de Miguel. Joaquín era un buen hombre, el mejor de todos para María, pero era celoso, y sabe perfectamente que le hubiese reprochado su actitud. Todo por el bien de mi hijo, se dice a sí misma a modo de disculpa.

A la mañana siguiente, Librada sale tem-

prano para regresar con su sonrisa de siempre y una sorpresa inesperada: un poco de leche en polvo para Juanito. María no puede creer lo que está viendo, pues la leche es un bien prohibido para las gentes de la mar y de tantos otros barrios de la Málaga más humilde.

—La he conseguido por medio de Mateo... Ya sabes, el dueño de “la Cocinera”. Dicen que todo ese dinero que tiene es del estraperlo.

Esto último lo dice bajando la voz y mirando hacia la puerta con temor. Mateo es un hombre poderoso, tiene contactos importantes y todos en el barrio le tienen miedo. Más de una vez ha discutido con alguno y al día siguiente ha aparecido tirado en la calle, molido a golpes. Aunque nadie lo ha visto, todos imaginan que ha sido él. También se dice que ha delatado a las autoridades franquistas a muchos republicanos que luego han sido encarcelados y hasta ejecutados en algunos casos.

Los días pasan tranquilos en casa de Miguel. Los pantalones han sido un éxito y las gentes del barrio, al ver lo bonitos que han quedado, se apresuran a hacerle más encargos. La rutina regresa a la vida de María; la única diferencia es que ahora, mientras cose, puede ver desde la ventana ese mar con el que tanto conversa, ese que tanto le habla de los días de felicidad pasados junto a Joaquín. Se le acumula el trabajo y su vista cansada busca de vez en cuando las olas para mecerse por unos instantes en ellas.

Uno de los que se han apresurado a hacerle un encargo ha sido Mateo. Cuando se ha enterado de que le ha hecho unos pantalones nuevos a Miguel, le ha faltado tiempo para pedir a María que le haga otros.

—Si te has *portao* tan bien con *er Migué*, también serás amable conmigo, ¿no, María?

Se lo ha dicho con descaro, acompañando

sus palabras con una mirada que a ella no le ha gustado un pelo. Pero qué va a hacer, no puede decir que no. Primero porque no tiene un motivo que justifique su negativa y segundo porque se siente obligada a corresponder su gesto para con su hijo. Porque la leche que Librada le trae al niño cada día, Mateo no se la quiere cobrar, a pesar de que ella le ha ofrecido varias veces pagársela, precisamente, porque no quiere deberle nada a ese hombre. Pero Juanito crece y cada vez necesita más alimentos y cuidados. Además, intuye que si se niega, Mateo hará todo lo posible por desprestigiarla y al final conseguirá que dejen de hacerle encargos.

Un día en que va a comprar a la tienda de la Pelaílla, siente unos ojos fijos en ella. Es Toñi, una mujer del barrio que suele ir por la playa con su hermano, que es cenachero. Nota que la mira con descaro desde el quicio de la puerta. Está hablando con otras dos vecinas pero no aparta la vista de ella. Siempre ha intuitido que no le es simpática a esa mujer. María no le presta mayor atención y se dirige al mostrador con la cartilla de racionamiento en la mano, pero en ese momento oye una voz a sus espaldas:

—Esa es la que me quiere quitá a mí *ar Migué*. Menuda fresca está hecha: mientras se quiere *camelá* a mi novio, es la protegía *der* Mateo.

María está dispuesta a pasar por alto las miradas, pero esto es demasiado para su fuerte carácter. Al final no puede contenerse. Se va para ella, se le planta delante de la cara y le dice:

—Oye, mira, ¿tú qué es lo que estás diciendo de mí?

La determinación de María hace flaquear un poco a Toñi y esta baja el tono de voz, pero no desiste de su intención de incomodarla.

—Yo *na*. Que digo que te gusta a ti *er Migué*. Tanto que hasta te has *metio* en su casa... Pero lo que tú no sabes es que él y yo somos novios y tú ahí no tienes *na* que *jacer*.

—Mira, Toñi. Yo no tengo *na en contra tuya*, pero eso que dices es una mentira más grande que una catedral. Yo estoy en la casa *del Migué* por la *caridá* de él y de su hermana, porque el Paco ha *pillao* el piojo verde y está *mu* malito en el hospital. En cuanto se mejore, nos vamos. Además, también está la Pepa y con esa no te metes. Y si tú y el *Migué* sois novios a mí me da igual, ¿te enteras? Y ya, *pa* terminar, lo que has dicho del Mateo lo vas a retirar ahora mismito

—*Mujé*, como te regala la leche pal nene...

—Pues no hay *na* de *na*, ¡más quisiera ese...! Además, todos en el barrio saben que yo no me olvido de mi Joaquín y que todavía sueño con que vuelva el día menos *pensao*.

Ante la verborrea indignada de María, Toñi se rinde y la cosa no va a más. Pero ya sabe que debe tener cuidado con esa mujer, que tiene en ella la más acérrima enemiga.



Terminado el encargo de Miguel, se ha puesto a hacerle los pantalones a Mateo, pero teme los momentos en que tiene que probárselos. Cada vez son más las insinuaciones, los roces aparentemente sin querer cuando ella se acerca a ajustarle las costuras con alfileres. Piensa que como él dé un paso más y se atreva a tocarla directamente, le va a soltar una bofetada, y eso sería terrible, dado el poder de Mateo; no quiere ni imaginar lo que haría para vengarse de ella.

Los pensamientos de María son como un

torbellino: por un lado, se afana en terminar el trabajo para quitarse a Mateo de encima cuanto antes, y por otro, lo retrasa por temor a los momentos a solas con él cuando tiene que hacerle las pruebas. Mientras le van haciendo cada vez más encargos. Ya no son solo las gentes de la playa. La fama de María ha traspasado las fronteras del barrio de pescadores. Primero son las señoras de Pedregalejo alto las que le encargan todo tipo de ropa. Más tarde, se corre la voz también en el centro de la ciudad hasta que llega un momento en que se pone de moda encargar los vestidos más lujosos, y hasta mantelerías bordadas, a la costurera de la playa. Le han ofrecido un pequeño local en el centro, a bajo precio, para ubicar allí su pequeño taller de costura, pero ella se niega. Dice que no puede coser si no está frente al mar.

Una tarde llega Miguel y le dice:

—Enhorabuena, María. Cada vez tienes más trabajo. ¿Qué estás cosiendo ahora?

Instintivamente baja un poco la voz.

—Unos pantalones que quiere el Mateo.

Miguel abandona la sonrisa y endurece la expresión.

—Mal asunto, María. Con ese hombre, mientras más lejos mejor. Nunca me ha *gustao* un pelo. Lo conozco bien porque trabajo en su barca, pero... ¿Sabes que está *metío* en asuntos de contrabando?

—Sí, algo de eso me dijeron el otro día... A mí tampoco me hace ni pizca de gracia el trabajito este y menos desde que sé que la gente piensa que tiene algo conmigo.

—¿Cómo? Pero, ¿quién ha dicho eso?

—Tu novia, que me lo dio a *entendé* el otro día.



Valentín Kovatchev. *El Camino de Santiago, Peregrinos.*
Aguafuerte y manera negra. 46x62 cm. 1999.

—¿Mi novia? ¡Pero si yo no tengo novia!

—Pues la Toñi me dijo que era tu novia.

—Vamos, María, ¿Y tú te lo creíste? Eso no es verdad. Bueno..., puede que yo le guste, que esté por mí, pero de eso a que sea mi novia... No le hagas caso. Puede que te tenga un poco de pelusa, pero es muy buena chica.

Se calla y la mira fijamente. Titubea, parece que va a decir algo y se calla. Finalmente se arranca:

—María, yo siento mucho decirte esto, pero todos pensamos desde hace tiempo que Joaquín está muerto.

—¡No!

Ha sido un grito desgarrador, un sonido que ha salido de su garganta sin ella pretenderlo siquiera. Desearía no haber escuchado las palabras de Miguel; las mismas que tantas veces ahuyenta de su mente cuando se instalan en su cerebro como



—Mira, María, a mí la que me gusta desde hace tiempo eres tú.

María abre mucho los ojos. Se sorprende de las palabras de Miguel. Aunque ya intuía sus sentimientos lo que la asombra es que se haya atrevido a declarárselos. Tarda en reaccionar, y cuando lo hace es para decirle:

—Pero Miguel... ¡Si yo soy una *mujé casá*! ¿Cómo te atreves a decir una cosa *asín*?

Él la mira con ternura y tristeza a la vez.

parásitos y la van comiendo poco a poco por dentro.

Pero Miguel sigue hablando:

—Ojalá no fuese *asín*. De verdad que es lo que deseo. Te quiero y me gusta verte feliz, aunque yo tenga que tragarme todo lo que siento por ti. De verdad que, si mañana mismo volviera Joaquín, yo me alegraría y me aguantaría, pero eso no va a pasar... María, sé que es difícil lo que te digo, pero

si tu *marío* viviera, ya sabríamos algo de él. Mira, mientras antes te hagas a la idea de que no va a volver, antes podrás salir *palante* y te curarás de esa tristeza...

—¡Jamás! ¿Me oyes? Jamás en la vida te voy a creer; ni a ti ni a toda esa gente que piensa como tú. Soy una mujer casada mientras quede un poco de esperanza de que Joaquín esté vivo. Y, además, te voy a decir una cosa: ni aunque estuviese muerto te querría. Él es el único hombre que he querido y no voy a querer a otro, pase lo que pase.

María lo ha dicho con rabia, con lágrimas y fuego en los ojos. Siente el latir de las venas en sus sienes y es como un batir de olas que van y vienen, como el recuerdo de Joaquín que regresa entre espumas cada amanecer. Miguel, en cambio, se ha quedado mudo, y su piel de bronce, teñida por el sol y la mar, se ha vuelto de pronto pálida y transparente.

María sale de la casa hacia la playa. Necesita respirar aire puro y mirar ese horizonte tras el cual aún vive para ella la esperanza; una esperanza que ya nadie más parece tener.

IV

Paco se ha recuperado del tifus. Después de un mes y medio en el hospital, le han dado el alta y una tarde de mayo vuelve a la casa. Pepa lo recibe con lágrimas de alegría que le resbalan por la cara. Está mucho más delgado y ojeroso. María también se alegra de la recuperación de su cuñado. Pepa, Juanito y ella ya regresaron hace un par de semanas. Fue justo al día siguiente de la conversación con Miguel y de que ella le dejara claro que nunca accedería a sus pretensiones amorosas. Desde ese momento pensó que no debía permanecer más tiempo allí. Librada, que

ignora lo ocurrido no acaba de entender muy bien esas prisas por marcharse de un día para otro. Se queda triste y hasta un poco molesta, aunque María se encarga de explicarle que es porque ya llevan mucho tiempo fuera y deben prepararlo todo por si Paco vuelve pronto.

María se siente segura de nuevo en casa de sus cuñados. Solo echa de menos ver la mar mientras cose. Por eso se acerca a la orilla cada mañana, con su silla de enea; la misma que se trajo un día de la calle Victoria y que fabricó su padre en su pequeño taller de sillero.

Suele acomodarse frente al rebalaje. La imagen de la costurera se ha hecho ya imprescindible en la playa y todos en el barrio comienzan a llamarla “la costurera del mar”.

Un día de principios de junio estalla la noticia: Mateo ha sido detenido acusado de contrabando. Pese a sus contactos que lo protegen, esta vez ha ido demasiado lejos y lo han cogido en plena faena, cuando intentaba descargar un alijo de tabaco en las playas de Huelin. Además, le ha dado una paliza a un hombre, en un ajuste de cuentas. Por lo visto lo ha dejado malherido. Según dicen, tiene cárcel para rato.

María nunca le ha deseado mal a nadie, pero respira aliviada. Ya no tendrá que soportar más sus insinuaciones ni sentirá más temor. Lo ocurrido ha sido una suerte para ella, un auténtico milagro que de no haberse dado pudiera haber tenido unas consecuencias imprevisibles.

V

Pasan los años y todos en la playa dan por muerto definitivamente a Joaquín. Solo María conserva ese hilo de esperanza, ahora tan débil que hasta ella muchas veces ha dudado. Pero en las pocas ocasiones en que esto ocurre, mira a su mar y recobra la confianza. Con el tiempo, ha instalado un pequeño chamizo en la arena, bajo el cual coloca su inseparable silla y una mesa en la que se apoya para cortar los patrones.

Sabe que él sigue vivo. La mar, que conoce muy bien a Joaquín y, desde hace unos años, también a ella, no la engaña. Es el lazo que aún los une con una verdad que María no entiende muy bien, pero que presiente que es cierta. Por eso no se arrepiente de haberle dado calabazas a Miguel cuando lo ve pasar del brazo con Toñi, que por fin ha conseguido hacer realidad el sueño de ser la novia oficial del mandaor. Porque, por qué negarlo, Miguel es un buen mozo y mejor persona. Y María, en el fondo de su corazón, sabe que lo hubiese podido llegar a querer con el tiempo, a pesar de lo que le dijo el día que se le declaró; de lo dura que fue entonces con él.

Juanito tiene ya diez años y, tras su paso por la escuela de “Las Cagarrutas”, estudia ya en el colegio de don José. Es un alumno aplicado. Así se lo dice a ella el bueno del maestro. Otros niños, a la edad de su hijo, ya ejercen de *gardón* en los ratos libres, aunque vayan también a la escuela, pero Juanito no parece tener el más mínimo interés en las cosas de la mar. A él lo que le gusta es estudiar, y María se alegra. Ella mejor que nadie sabe de la miseria de los pescadores, y desea para su hijo algo más que todo aquello que está acostumbrada a ver.

Una mañana de octubre, como tantas otras, María cose en la playa, pese a que sopla vendaval. La mar está encrespada y amenaza lluvia. Está cosiendo un traje de novia que le han encargado. Ya ha hecho varios. Le gusta especialmente trabajar las sedas y los tules, tan suaves y blancos. Le hubiera gustado llevar uno de esos trajes en su boda, pero entonces las mujeres pobres se casaban de negro, como mucho de azul o marrón, y el blanco estaba reservado solo para las muchachas de postín.

De repente siente un escalofrío. No es el típico estremecimiento que le pueda producir el aire fresco, no: es un helor interno y extraño. Entre el fragor de las olas le ha parecido que alguien gritaba su nombre. Le ha recordado a la voz de Joaquín e imagina que él va a resurgir de la mar y que viene a buscarla. Pero no: escucha su nombre de nuevo, ahora más cerca, y comprende que la voz que la llama está a sus espaldas. María se gira. No sabe si es real o producto de su imaginación, pero ve a Joaquín que se acerca andando por la playa, hacia la orilla. Es él, sí. Esta vez es verdad, no puede estar tan loca. Por un instante se queda paralizada, no articula palabra hasta que, de pronto, un grito agudo sale de su garanta:

—¡Joaquín!

Corre desesperada y cuando llega a su altura, se agarra a él con la misma fuerza que un náufrago se agarraría a un madero en alta mar. Sí, son sus brazos, su cuerpo: el mismo que en tantas ocasiones abrazó. Esconde la cara en su pecho y deja que sus lágrimas le mojen la camisa, sin darse cuenta de que esos brazos ya no son tan poderosos; de que la musculatura de marengo acostumbrado a remar ha dejado paso a una carne flaca y de

que, entre una barba desconocida por María, habitan ahora algunas canas que denotan el tiempo transcurrido. En realidad, María no ha reparado en nada de eso porque ha intuitido a Joaquín más que lo ha visto. Como tampoco se ha dado cuenta de que él no ha respondido al encuentro con el mismo entusiasmo que ella. Al contrario: su cuerpo rígido y el cuello erguido, ligeramente echado hacia atrás, denotan una frialdad muy

—Me alegra verte, María. ¿Dónde está Juan?

Por un momento no sabe ni a quién se refiere, de aturdida que está.

—¿Juan? Joaquín... ¿qué te ha ocurrido en todos estos años? ¡Tienes tantas cosas que contarme!

—Sí, María, luego. Pero he venido a ver a mi hijo. Ya te lo explicaré todo.

Solo entonces María cae en la cuenta de



Valentín Kovatchev. *Andrómeda_V*.
Dibujo a lápiz. 70x100 cm. 1999.

diferente. Solo cuando él hace un intento claro de desprenderse de ella, es consciente de que algo no está saliendo como esperaba.

Él la aparta, y ella, por primera vez, lo mira a la cara y puede ver las arrugas, la barba, la nueva expresión de ese rostro. Y, sobre todo, esos ojos que son los mismos de siempre sin serlo. Aquellos pedazos de mar con una expresión nueva que lo cambia todo.

Joaquín rompe por fin su silencio:

que se refiere a Juanito.

—Claro, Joaquín, pero Juanito está en la escuela de don José. Ven, vamos a la casa y me lo cuentas todo ¡Por fin has regresado! ¡No sabes las veces que he soñado con este momento!

Hace un ademán de volver a abrazarlo, a lo que él responde apartándola.

—María, escucha: no he venido solo.

Y a la vez que dice esto, vuelve la mirada

hacia las chozas, allá donde un par de figuras contemplan la escena desde lejos: un niño, de unos seis o siete años, y una mujer embarazada. María mira alternativamente a ellos y a Joaquín. Aún no comprende, o no quiere comprender.

—Al final llegué a Almería. Allí conseguí trabajo. No maté a nadie en la guerra, tú lo sabes, *asín* que me dejaron tranquilo. Tengo una nueva familia. Solo he venido a *conosé* a mi hijo.

Ella se queda muda, con la mirada fija en el horizonte.

—Entiéndeme, *mujé*. No podía volver. Ya que allí nadie se metió conmigo cuando pasó la guerra, no podía venirme para acá tan pronto. Podían andar buscándome. Estaba *mu* solo y encontré a una buena compañera. He *veníó* porque quiero ver a mi hijo, aunque sea solo una vez. Perdóname, María, pero la guerra es *asín*.

Ella lo mira por última vez y echa a correr por el rebalaje. Sin darse cuenta, al pasar junto al chamizo arrastra el traje de novia, que queda tirado en la arena mojada como si fuese un trapo a merced de las olas. Lo mismo que el guñapo que es ahora su corazón, vapuleado por el temporal que se ha desatado en su alma, roto como esos sueños que albergó durante años al ritmo de un reloj de arena imaginario. Por un momento desea que todos hubiesen llevado razón y estuviese muerto. Al menos, lo recordaría con el mismo cariño que le profesó durante tanto tiempo, con la dulzura de él aún en los ojos y no con esa mirada de hielo que le ha dedicado. Tampoco recordaría esas dos figuras esperando junto a las chozas que la perseguirán como dos fantasmas para siempre.

Han pasado más de veinte años. María ha perdonado, aunque no podrá olvidar jamás. Después de la visita de Joaquín pensó alejarse para siempre de la playa. Los vecinos sentían lástima por ella, y eso, lejos de animarla, la hacía sentir peor. Además, estaba enfadada con la mar por no haber cumplido su promesa de devolverle el amor de Joaquín. Llegó, incluso, a instalarse por un tiempo en una pequeña casa del barrio de la Victoria. Allí nació y allí debía regresar. Pero la tristeza se la comía por dentro. Al principio pensó que era debido a Joaquín, pero un día que fue a llevar un vestido cerca de La Malagueta, paseando por la orilla, se dio cuenta de que gran parte de lo que le pasaba era que echaba de menos la mar. Por eso, de un día para otro, decidió regresar a su playa. Ella era “la costurera del mar” y junto al mar debía seguir cosiendo, así que se trasladó a una casita muy cerca de los Baños del Carmen, con su hijo Juanito.

Desde entonces sigue saliendo a diario, cada vez que el tiempo lo permite, a coser al rebalaje, aunque ya no ve con la misma claridad de antes. De hecho, cada vez le cuesta más ensartar la aguja y distinguir los hilos. Le ha debido pasar factura fijar la vista durante tantos años, cosiendo a pleno sol. Sabe que llegará un día en el que no pueda trabajar, pero mientras le quede una pizca de visión, no se apartará de la orilla. En estos años ha logrado reconciliarse con la mar y ahora es de nuevo su amiga. Al fin y al cabo, sí le dijo la verdad y Joaquín estaba vivo; solo que vivía para otra, no para ella. Pero, en realidad, él tenía razón. La guerra era así: destruía todo, hasta las familias.

La voz de su hijo la saca de sus pensamientos.

—Buenas, madre. Végase ya conmigo para la casa, que está oscureciendo y empieza a refrescar.

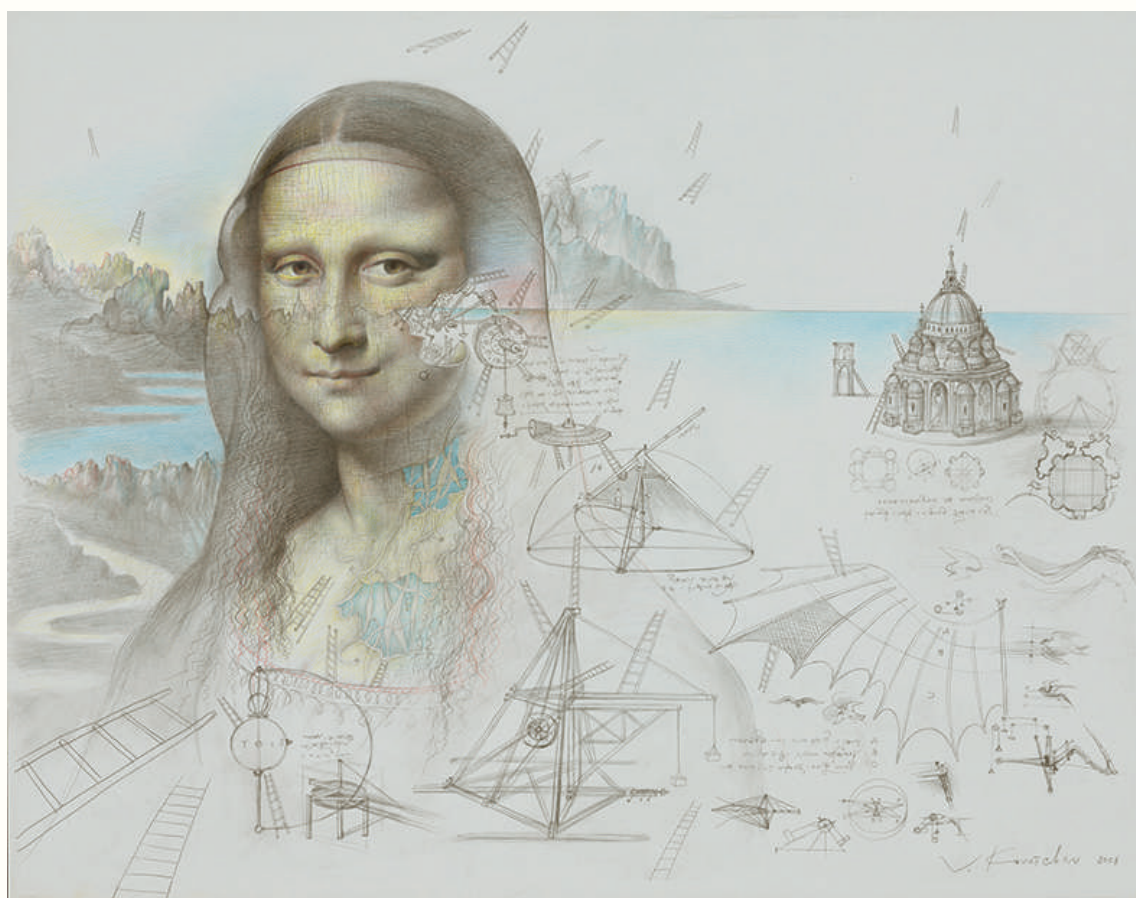
Es Juanito, que llega de trabajar. Desde hace varios años tiene un buen empleo en las oficinas de la fábrica de Cervezas Victoria, en el barrio del Perchel.

—Ahora voy, hijo. Estoy terminando de hilvanar una blusa.

Le gusta quedarse en la playa hasta ver el último rayo de luz. Observa a su hijo que marcha hacia la casa y luego desvía la mirada hacia el mar. Juanito y la mar. La mar y Juanito. Son todo lo que tiene. Ellos son sus auténticos amores.

Eloísa Navas Martín
(marzo de 2020)





Valentín Kovatchev. *Mona Lisa*.
Dibujo a lápiz. 56x71 cm. 2008.



Valentín Kovatchev. *Estrellas sobre Málaga*.
Aguafuerte y manera negra. 19x25 cm. 1993.

Eloísa Navas Martín



Es una malagueña licenciada en Económicas cuya auténtica pasión es todo lo relacionado con el arte. Practica la pintura (habiendo participado en varias exposiciones colectivas), la fotografía (faceta en la que ha conseguido algunos premios) y la música, aunque su verdadera vocación es escribir.

Su género preferido es la novela pero también ha participado en numerosos libros de relatos y ha colaborado en varias revistas literarias.

Coautora de las novelas *El Hotel del Inglés* (2014) y *Miramar* (2016), así como de los trabajos *Miramar: un hotel con historia* (2016) y *George Langworthy y Santa Clara, pioneros de la Costa del Sol* (2015). Este último está siendo traducido al inglés.

Autora de la novela corta, perteneciente a la colección malagueña “Manguta de libros”, titulada *El tiempo elegido* (2018).

Ha participado en las siguientes antologías de relatos: *Lo que nunca me atreví a contarte* (2008), *Cinco mujeres y un intruso* (2009), *Encrucijadas* (2010), *Viajes alternativos* (2011), *Vuelta y vuelta* (2016), *Rando, una mirada literaria* (2017), *Siete Salas* (2018), *Pasaje Begoña, contaré lo que fui* (2019), *Mundo de mujeres* (2019), *50 años de Proteo* (2019) y *PandEmociones* (2020).

Ha colaborado en revistas literarias entre las que destaca la mítica *Litoral*.

Actualmente trabaja en su próxima novela.

Salvador Domínguez Ruiz



Es abogado. Reside en Rincón de la Victoria (Málaga), donde durante años ha participado en política municipal. Ha publicado tres novelas, todas ellas con contenido histórico: *Marengo* (2014), novela costumbrista que describe la vida de la gente del mar, a la vez que narra los sucesos de Benagalgón, hechos acaecidos en el año 1914 y que se desencadenan con la muerte de un guardia civil en el transcurso de unas elecciones generales; *El helvético soñador* (2016), que transcurre en el siglo XIX y donde se cuentan las vivencias de Antonio de la Nari, el suizo buscador del legendario tesoro en la cueva del Higuerón (hoy conocida como cueva del Tesoro); y *El maestro de los naipes* (2019), narración que trata sobre la fábrica de naipes de Macharaviaya (siglo XVIII) y su director, el genovés Félix Solesio, que llegó a Málaga gracias a los Gálvez.

Valentín Kovatchev



Nace en Sofía, Bulgaria, en 1953.

1981 se gradúa en la Facultad de Bellas Artes de Sofía, especialidad Grabado.

1987 inventa su propia técnica de grabado al aguafuerte. **1992** contrae matrimonio en España y fija su residencia en Málaga. **1994** expone en el Museo Zuloaga y, por primera vez en España, dirige un curso de grabado, inaugurando así el Taller de Grabado del Museo de Goya, en Fuendetodos. **1995** es nombrado Académico Correspondiente en Málaga por la Real Academia de BB. AA. de Sta. Isabel de Hungría de Sevilla. **1996** es nombrado Académico del Senado por la Academia Internacional de Arte Moderno de Roma. Este mismo año consigue la Medalla Goya de Plata en la “X Biental de Arte de Iberoamérica” en México D.F., en el “250 Aniversario Francisco de Goya”, representando a España.

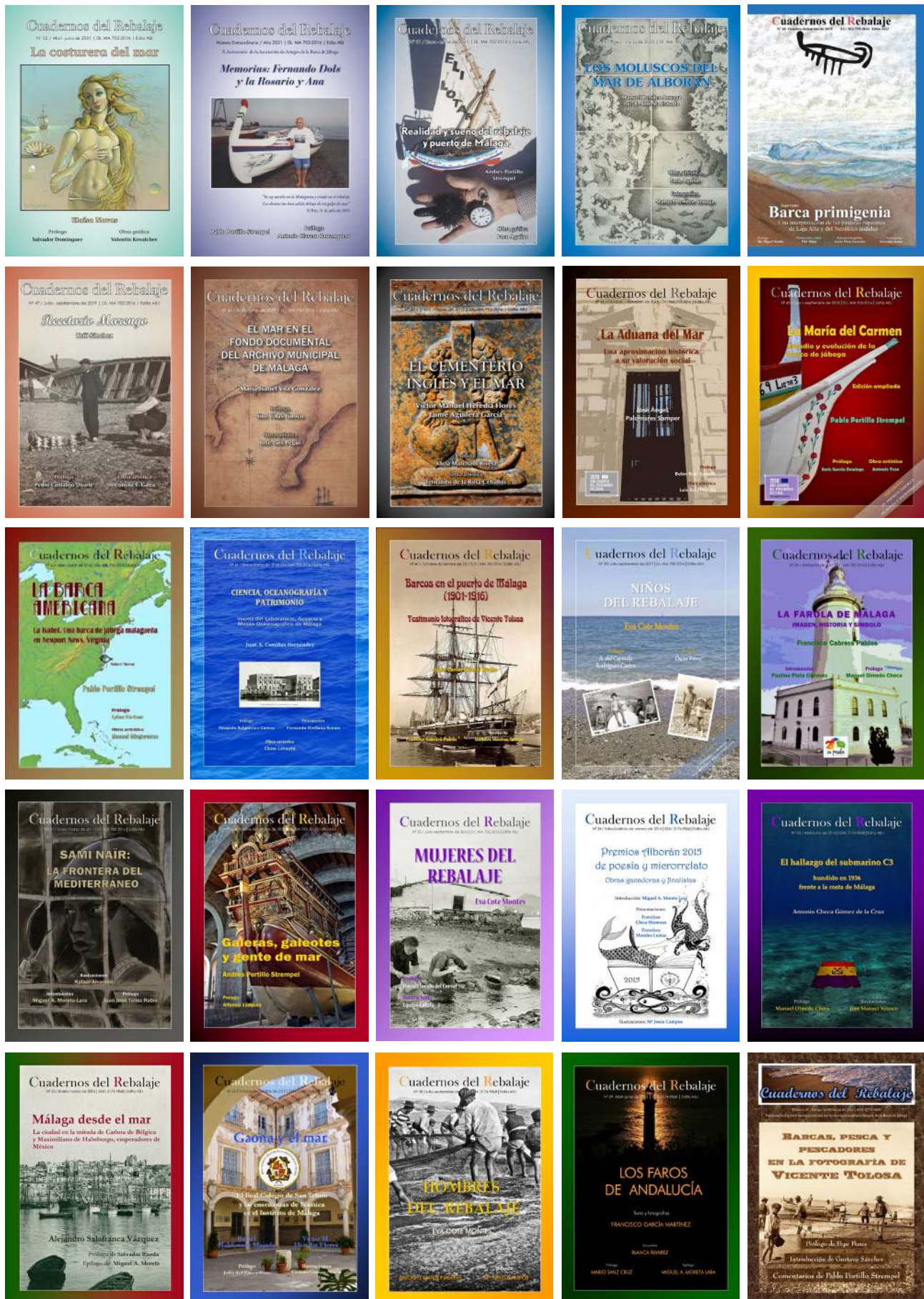
Su pasión y dedicación exclusiva al grabado le hace abandonar otras técnicas artísticas durante más de dos décadas, que retomará en 2001 con su regreso a la pintura y dibujo con motivo de la exposición “Picasso 120 Aniversario” en la Sala Cajamar de Málaga.

Ha participado, y participa, en exposiciones y ferias de arte en Bulgaria, Japón, Grecia, Hungría, Austria, República Checa, Holanda, Rusia, Estados Unidos, Alemania, Francia, Bélgica, Italia, Luxemburgo, México, Colombia, Finlandia, Suiza, Gran Bretaña, Qatar y España, entre otros países.

Nunca realiza ningún boceto ni dibujo preparatorio de sus creaciones, lo que revela el alto grado de perfección y maestría de su trabajo.

Su obra ha sido reconocida y galardonada en numerosas ocasiones y se encuentra representada en innumerables colecciones públicas, privadas y museos en todo el mundo.

Colección Cuadernos del Rebalaje





Ayuntamiento
de Málaga



María, mujer de Joaquín, vive con su hijo y sus cuñados en el barrio de pescadores de Pedregalejo, a principio de los años cuarenta. Su marido huyó durante la guerra civil, cuando el bando nacional tomó la ciudad de Málaga. Desde entonces no se ha sabido nada de él, pero María vive esperanzada en su regreso. Mientras, tiene que buscarse la vida trabajando en varios oficios hasta que descubre su verdadera vocación: la costura. Ella y la mar son dos constantes en su vida hasta el punto que es llamada por todos “la costurera del mar”.



Por ti,
por todos,
seguimos aquí



fundacionmalaga.com

